

C. J. CHERRY

LA ESTACION DOWNBELOW

Premio Hugo 1982

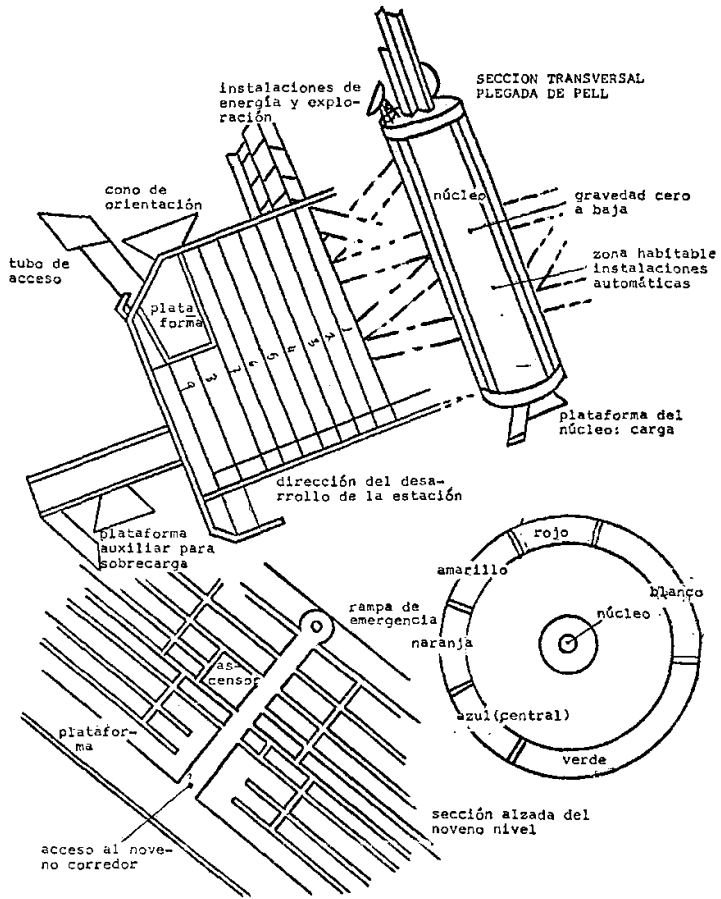


Cuando se desencadenó la crisis del sistema, ellos eran ya solamente el resto de una Flota, y luchaban contra un poder que llegaba a todas partes, que poseía una inextinguible cantera de vidas, de suministros, de mundos.

Después de tan larga lucha, eran lo último que quedaba del poder de la Compañía Tierra. La capitana Mallory había sido testigo de cómo se llegaba a aquella situación. Había volado para mantener juntas a la Tierra y a la Unión, el pasado de la humanidad y su futuro. Y era una gran ironía que la Unión se hubiese convertido en el soporte de la postura pro-espacio en aquella guerra, y que la Compañía luchara en contra. Era una ironía que ellos, los que creyeron en el Más Allá, terminaran oponiéndose a aquello en que se había convertido, exponiéndose a morir por la Compañía que les había abandonado.

Hubo un tiempo en que los sueños de las viejas naves de exploración la indujeron a meterse en aquello, un sueño largamente contrastado con las realidades de la Compañía. Y llegó un momento en que tuvo que admitir que era imposible ganar.

La Flota se enfrentó sola a la situación, sin mercantes ni estaciones de soporte, sola, como había estado desde hacía mucho tiempo.



LIBRO PRIMERO

I

Tierra y Exterior: 2005-2352

LAS ESTRELLAS, COMO TODOS LOS DEMÁS ALBURES DEL HOMBRE, constituían una imposibilidad evidente, una ambición tan temeraria e improbable como los inicios de la aventura en los grandes océanos de la Tierra, en el aire o en el espacio. La estación Sol llevó una provechosa existencia durante varios años. Se inició en la explotación de minas, creó manufacturas e instalaciones de energía en el espacio, todo lo cual empezó a ser rentable. La Tierra se acostumbró a ella con la misma celeridad con que se había acostumbrado a todas sus demás comodidades. De la estación partían misiones que exploraban el sistema, siguiendo un programa que estaba lejos de la comprensión del público pero que no tenía una fuerte oposición, dado que no afectaba a la vida cotidiana de la Tierra.

Así pues, aquella primera sonda partió sin alharacas, con toda naturalidad, hacia las dos estrellas más próximas. No iba tripulada y su finalidad era recoger datos y regresar, tarea en sí misma de considerable complejidad. El lanzamiento desde la estación atrajo cierto interés público, mas la espera para conocer los resultados debía contarse por años, y los medios de comunicación dejaron de interesarse por la sonda en cuanto salió del sistema solar. Atrajo mucho más atención a su regreso: nostalgia por parte de quienes recordaban su lanzamiento hacia mas de una década,

curiosidad de los jóvenes que apenas conocían el origen del experimento y se preguntaban de qué iba todo aquello. Fue un éxito científico y aportó datos suficientes para mantener ocupados a los analistas durante años... pero no se divulgó el significado de sus observaciones en términos comprensibles por los profanos. En cuanto a las relaciones públicas, la misión constituyó un fracaso. El público, al tratar de comprender según su punto de vista, buscaba beneficios materiales, tesoros, riquezas, hallazgos espectaculares.

Lo que la sonda había descubierto era una estrella con razonables posibilidades de estimular la vida. Un anillo de restos que incluían partículas, planetoides, fragmentos irregulares casi tan voluminosos como un planeta con interesantes implicaciones de formación sistemática, y un compañero planetario con su propio sistema de fragmentos y lunas... un planeta desolado, calcinado, ominoso. No era un Edén, una segunda Tierra, no era mejor que la existente en el propio sistema solar, y el viaje había sido demasiado largo para descubrir solamente una cosa así. Los medios de comunicación se empeñaron en dar unas explicaciones que ni ellos mismos entendían bien, buscando algo que ofrecer a sus receptores, y rápidamente perdieron interés. Se habló de costes y se hicieron vagas y desesperadas comparaciones con Colón, tras lo cual la prensa se dedicó de lleno a una crisis política en el Mediterráneo, mucho más comprensible y considerablemente más sangrienta.

Los científicos de la estación Sol respiraron aliviados y con toda precaución invirtieron parte de su presupuesto en una modesta expedición tripulada, para viajar en lo que sería una réplica móvil en miniatura de la misma estación Sol, permanecer algún tiempo haciendo observaciones en órbita de aquel mundo y, muy discretamente, para imitar más aún a la estación Sol, poner a prueba técnicas de fabricación que habían construido el segundo gran satélite de la Tierra... en extrañas condiciones. La Corporación Sol pro-

porcionó una generosa subvención, pues tenía una cierta curiosidad, un cierto entendimiento de las estaciones espaciales y los beneficios que podían esperarse de su desarrollo.

Aquellos fueron los inicios.

Los mismos principios que hicieron práctica la estación Sol, hicieron viable la primera estación estelar. Necesitaba un suministro mínimo de sustancias orgánicas de la Tierra... en su mayor parte lujos para hacer más agradable la vida al creciente número de técnicos, científicos y familias estacionados allí. Se extraía mineral, y a medida que sus propias necesidades disminuían, enviaba el exceso de producción... Así se estableció el primer eslabón de la cadena. Aquella primera colonia había demostrado que no existía necesidad alguna de que una estrella tuviera un mundo adecuado para los humanos, ni siquiera una estrella del tipo de nuestro sol... el viento solar y los habituales desechos de metales, rocas y hielo eran suficientes. Una vez construida la estación, podía lanzarse un módulo a la siguiente estrella, fuera cual fuese. Bases científicas, manufacturadas: bases desde las que podría alcanzarse la próxima estrella prometedor... y la siguiente, y otra, y otra más... La exploración del exterior de la Tierra se desarrolló en un estrecho vector, un pequeño abanico que se ampliaba por su extremo más ancho.

La Corporación Sol, que había crecido más de lo que se había propuesto y poseía más estaciones que la misma Sol, se convirtió en aquello que le llamaban los colonos de las estrellas: la Compañía Tierra. Ostentaba poder... lo ejercía, desde luego, sobre las estaciones que dirigía a larga distancia, a tan larga distancia que costaba años recorrerla; pero también ejercía su poder en la Tierra, donde su creciente suministro de minerales e instrumental médico y su posesión de varias patentes era enormemente provechoso. Si bien el sistema había tenido comienzos lentos, la constante llegada de bienes y nuevas ideas, por mucho tiempo que hubiera transcurrido desde su lanzamiento, era benefi-

ciosa para la Compañía y su consiguiente poder sobre la Tierra. La Compañía enviaba transportes mercantiles en número cada vez mayor: eso era todo lo que tenía que hacer en aquella época. Los tripulantes de las naves en los largos viajes se acostumbraban a un peculiar e introvertido modo de vida, y no pedían más que mejorar el equipo que habían llegado a considerar como propio. Las estaciones se apoyaban entre sí, cada una de ellas enviaba las mercancías de la Tierra un paso más allá hasta su vecino más próximo, y todo aquel intercambio circular finalizaba en la estación Sol, donde los beneficios se disipaban con el pago de las sustancias orgánicas y las mercancías que sólo la Tierra podía producir.

Fue aquella una época dorada para quienes vendían esta riqueza. Se amasaron y se perdieron fortunas, cayeron gobiernos, las corporaciones adquirieron más y más poder y la Compañía Tierra, en sus múltiples facetas, cosechó inmensos beneficios y dirigió los asuntos de naciones enteras. Fue una era de inquietud y poblaciones recién industrializadas. Los descontentos de cada nación iniciaron el larguísimo camino en busca de empleos y riqueza, ansiosos por realizar sus sueños personales de libertad. Se repitió el viejo atractivo del Nuevo Mundo, y muchos hombres se lanzaron otra vez a la aventura a través de un océano nuevo y mucho más amplio, hacia tierras extrañas.

La estación Sol se convirtió en una escala, un lugar que ya no era exótico, pero sí seguro y conocido. La Compañía Tierra floreció a expensas de las estaciones estelares, otra comodidad a la que quienes disfrutaban de ella empezaron a acostumbrarse.

Y las estaciones estelares conservaban el recuerdo de aquel mundo variopinto que las había puesto en órbita, la madre Tierra, con una connotación nueva, cargada de emoción, la Tierra que les enviaba mercancías preciosas para su bienestar y que, en un universo desierto, les recordaba que por lo menos existía una mota llena de vida. Las naves de la

Compañía Tierra les mantenían unidos a aquella vida... y las sondas de la Compañía eran la aventura romántica de su existencia, las ligeras y rápidas naves de exploración que les permitían ser más selectivos en su próximo paso. Fue aquélla la era del Gran Círculo, que no era ningún círculo, sino las rutas que seguían los cargueros de la Compañía Tierra en sus constantes viajes y cuyo principio y fin estaba en la madre Tierra.

Una estrella tras otra... nueve de ellas hasta llegar a Pell, que reveló poseer un mundo habitable, y vida.

Aquel descubrimiento canceló todas las apuestas y trastornó el equilibrio para siempre.

La estrella y el mundo de Pell, nombre del capitán de la sonda que los localizó... y que no sólo halló un mundo, sino también indígenas, nativos.

La noticia del descubrimiento tardó largo tiempo en llegar a la Tierra a través del Gran Círculo, pero no tanto en propagarse por las estaciones estelares más próximas... y mucha gente, no sólo científicos, se dirigieron en tropel al mundo de Pell. Las compañías de las estaciones locales, que conocían la importancia económica del asunto, se apresuraron a presentarse en la estrella, para no quedar marginadas. Llegaron pobladores, y dos de las estaciones que orbitaban estrellas cercanas y menos interesantes quedaron peligrosamente solitarias, hasta llegar a estar del todo vacías. Mientras se trabajaba con intensidad en la construcción de una estación en Pell, gente ambiciosa ponía ya sus miras en dos estrellas más lejanas, calculando con fría previsión, pues Pell era una fuente de mercancías y lujos semejantes a los de la Tierra... una perturbación potencial en el control del comercio y los suministros.

Los cargueros que llegaban a la Tierra hicieron correr las noticias de la existencia de vida extraterrestre, y la Compañía sufrió una conmoción. Se entablaron debates de carácter moral sobre el curso de acción a seguir, a pesar de que las noticias tenían casi dos décadas de antigüedad, como si

en aquel preciso momento se pudiera intervenir en las decisiones que tomaban en el Más allá. Todo estaba fuera de control. La existencia de otra vida desbarataba las ideas a las que tanto se había aferrado el hombre acerca de la realidad cósmica, planteaba preguntas filosóficas y religiosas, presentaba realidades que algunos, incapaces de hacerles frente, preferían ignorar. Aparecieron nuevos cultos. Pero otras naves informaron a su llegada de que los alienígenas del mundo de Pell no se distinguían por su inteligencia, no eran violentos, no construían nada y parecían más primates inferiores que otra cosa: morenos, peludos, desnudos y con grandes ojos de mirada perpleja.

Los terrestres respiraron. El universo centrado en el hombre y la Tierra, en el que siempre habían creído los seres humanos, se había conmocionado, pero enseguida se recuperó. Los aislacionistas que se oponían a la Compañía incrementaron su influencia y su número como reacción al temor desatado... y a un súbito y considerable descenso del comercio.

La Compañía estaba sumida en el caos. Se requería mucho tiempo para enviar instrucciones, y Pell crecía lejos de su control. Nuevas estaciones que no habían sido autorizadas por la Compañía Tierra cobraron existencia en estrellas más lejanas. Unas estaciones llamadas Mariner y Viking que pronto tuvieron vástagos, a los que denominaron Russell y Esperance. La Compañía envió instrucciones, ordenando a las ahora casi deshabitadas estaciones más próximas que efectuaran determinadas acciones para estabilizar el comercio, y se hizo evidente que tales órdenes eran una solemne tontería.

De hecho, ya se había desarrollado un nuevo sistema comercial. Pell disponía de las materias biológicas necesarias. Estaba más cercano a la mayoría de las estaciones estelares, y las compañías de éstas, que antes habían considerado a la Tierra como una madre amada, veían ahora nuevas oportunidades, y las aprovecharon. Además, se for-

maron otras estaciones, y el Gran Círculo se rompió. Algunas naves de la Compañía Tierra partieron para comerciar con el Más Allá, y no había forma de detenerlas. El comercio continuó, pero ya no fue como antes. Bajó el valor de las mercancías terrestres y, en consecuencia, a la Tierra le costó cada vez más mantener su provechoso vínculo con las colonias.

Se produjo entonces una segunda conmoción. Había otro mundo en el Más Allá, descubierto por un intrépido comerciante... Cyteen. Se desarrollaron nuevas estaciones... Fargone, Paradise y Wyatt, y el Gran Círculo se extendió todavía más.

La Compañía Tierra tomó una nueva decisión: un programa de reembolso, un impuesto sobre las mercancías, que compensaría las pérdidas recientes. Discutieron con las estaciones sobre la comunidad humana, la deuda moral y la carga de la gratitud.

Algunas estaciones y comerciantes pagaron el impuesto. Otros se negaron, sobre todo los que estaban más allá de Pell y Cyteen. Sostenían que la Compañía no había participado en su desarrollo y no podía reclamarles nada. Se instituyó un sistema de documentos y visados, se organizaron inspecciones, que produjeron un amargo resentimiento entre los comerciantes, los cuales siempre habían considerado las naves que usaban como propias.

El siguiente paso consistió en retirar las sondas, declaración tácita de que la Compañía ponía oficialmente coto a un mayor crecimiento del Más Allá. Las rápidas naves de exploración estaban armadas, siempre lo habían estado, puesto que se aventuraban en lo desconocido. Pero ahora las utilizaron de una nueva manera, para visitar estaciones y meterlas en vereda. Aquello fue lo más penoso, el hecho de que las tripulaciones de las naves sonda, que habían sido los héroes del Más Allá, se convirtieran en los gendarmes de la Compañía.

Los comerciantes respondieron armándose a su vez. Las naves de carga no habían sido construidas para el combate y no podían efectuar giros cerrados, pero hubo refriegas entre las naves sonda transformadas en naves de guerra y los comerciantes rebeldes, aunque la mayoría de éstos declararon a desgana que aceptaban el impuesto. Los rebeldes se retiraron a las colonias más alejadas, donde era más difícil someterlos por la fuerza.

Estalló la guerra sin que nadie le diera ese nombre... Sondas armadas de la Compañía contra los comerciantes rebeldes, que servían a las estrellas más lejanas, circunstancia posibilitada por el hecho de que existía Cyteen y ni siquiera Pell era indispensable.

Así pues, se trazó la línea divisoria. Se reanudó el Gran Círculo, excluyendo a las estrellas situadas más allá de Fargone, pero ya no resultó tan provechoso como antes. El comercio continuó, pero de una manera extraña, pues los comerciantes que pagaban los impuestos tenían libertad para ir adonde quisieran, lo que estaba vedado a los comerciantes rebeldes. Pero podían falsificarse los sellos, como así sucedió. La guerra estaba muy aletargada: sólo se reavivaba cuando un rebelde constituía un blanco claramente alcanzable. Las naves de la Compañía no podían poner de nuevo en funcionamiento las estaciones situadas cerca de Pell, en dirección a la Tierra, que habían dejado de ser viables. Las poblaciones se habían trasladado a Pell, Russell, Mariner, Viking, Fargone y aún más lejos.

En el Más Allá se construyeron naves, como se habían construido estaciones. Disponían de la tecnología necesaria, y proliferaron las naves comerciales... Entonces llegó la teoría del *salto*, que se había originado en el Nuevo Más Allá, en Cyteen, y fue aprovechada rápidamente por los constructores de naves en Mariner, al lado de la línea donde imperaba la Compañía.

Y aquél fue el tercer gran golpe a la Tierra. El antiguo sistema de calcular las distancias mediante la velocidad de

la luz quedó desbancado. Los cargueros que avanzaban por medio del *salto*, lo hacían en cortos tránsitos por el vacío interestelar, pero el tiempo que invertían en saltar de una estrella a otra se redujo de años a períodos de meses y días. La tecnología mejoró. El comercio se convirtió en una nueva clase de juego y cambió la estrategia de la larga guerra... Las estaciones proliferaron cada vez más cerca unas de otras.

Todo ello desembocó súbitamente en una organización entre los rebeldes del más recóndito Más Allá. Empezó como una coalición de Fargone y sus minas, pasó a Cyteen, hizo recuento de fuerzas en Paradise y Wyatt y fue en busca de otras estrellas y de las naves mercantes que las abastecían. Corrieron rumores... Se habló de grandes aumentos de población que habían tenido lugar durante años sin que se informara de ello, utilizando la tecnología utilizada en otro tiempo por la Compañía cuando había necesidad de hombres, de vidas humanas para llenar la vasta y oscura nada, para trabajar y construir. Cyteen lo había hecho. Esta organización, esta *Unión*, como se llamaba a sí misma, creció y se multiplicó geoméricamente, utilizando instalaciones que ya estaban en funcionamiento y laboratorios de gestación. La Unión se expandió. En una veintena de años había aumentado enormemente el territorio y densidad de población, y ofrecía una ideología única y rígida de crecimiento y colonización, una dirección centrada en lo que había sido una rebelión espontánea. Silenció a los disidentes, movilizó, organizó y atosigó a la Compañía.

Finalmente, espoleada por la opinión pública, que exigía resultados con respecto a la situación en deterioro, la Compañía Tierra en la estación Sol dejó de pagar impuestos y dedicó los fondos a construir una gran flota, formada exclusivamente por naves diseñadas para el *salto* interestelar, máquinas de destrucción que tenían nombres como *Europa* y *América*.

También la Unión construyó naves de guerra especializadas, cambiando de estilo con el cambio de tecnología. Capitanes rebeldes que habían luchado durante largos años por sus propias razones, fueron acusados de incompetencia a la menor ocasión. Las naves se pusieron en manos de comandantes que tenían la ideología correcta y se mostraban implacables.

Los éxitos de la Compañía se hicieron más difíciles. La gran flota tenía un inmenso territorio que cubrir, y el enemigo la superaba en número. En estas condiciones, no llevó la guerra a su fin ni en uno ni en cinco años. Y la Tierra se sentía cada vez más vejada por lo que había llegado a ser un conflicto inglorio y exasperante. «Basta de enviar naves», se gritaba ahora en las corporaciones financieras. «Que vuelvan nuestras naves y que esos bastardos se mueran de hambre.»

Naturalmente, la que pasó hambre fue la flota de la Compañía, y no la Unión, pero la Tierra parecía incapaz de comprender que ya no se trataba de unas frágiles colonias rebeladas, sino de una potencia en formación, bien aprovisionada y armada. Las mismas políticas miopes, la misma competencia entre los aislacionistas y la Compañía que habían alienado a las colonias en un primer momento, se intensificaron más y más a medida que el comercio disminuía. No perdieron la guerra en el Más Allá, sino en las cámaras del senado y las salas de juntas en la Tierra y la estación Sol. Las actividades mineras dentro del propio sistema de la Tierra eran provechosas, pero no las misiones exploratorias en todas direcciones.

No importaba que hubieran dado el salto y que ahora las estrellas estuvieran cerca. Sus mentes se dirigían a los viejos problemas, a sus propios problemas y políticas. La Tierra prohibió la emigración al ver que se marchaban sus mejores cerebros. Se hundió en el caos económico, y la sangría de los recursos naturales terrestres que nutrían a las estaciones fue un fácil foco de descontento. Empezó a pe-

dirse el fin de la guerra, la paz se convirtió de repente en la buena política. La flota de la Compañía, privada de fondos en una guerra con un frente demasiado amplio, obtenía suministros dónde y cómo podía.

Al final quedaban quince cargueros de la otrora orgullosa flota de cincuenta, reparados en las estaciones todavía abiertas a ellos. La llamaban la Flota de Mazian, siguiendo la tradición del Más Allá, donde al principio las naves eran tan escasas que los enemigos se conocían entre sí por su nombre y su reputación... un reconocimiento que ahora era más difícil, pero aún así se conocían algunos nombres. Conrad Mazian, de *Europe*, era un nombre que la Unión conocía para su pesar. Otros nombres bien notorios eran los de Tom Edger, de *Australia*, Mika Kreshov, de *Atlantic* y Signy Mallory, de *Norway*.. y los de los restantes capitanes de la Compañía, y hasta los de las naves auxiliares. Todavía servían a la Tierra y a la Compañía, pero cada vez con menos amor a ambas. Ninguno de su generación había nacido en la Tierra. Recibían pocos repuestos, y ninguno de la Tierra ni de las estaciones de su territorio, pues las estaciones tenían un cuidado obsesivo por su neutralidad en la guerra. Los mercaderes eran su fuente de personal especializado y de tropas, la mayoría de ellos a su pesar.

El Más Allá había empezado con las estrellas más próximas a la Tierra, y ahora se iniciaba en Pell, pues las estaciones más antiguas se cerraron a causa del declive comercial con la Tierra y el fin del estilo mercantil anterior a la tecnología del salto. Las Estrellas Posteriores habían sido casi olvidadas y no las visitaban.

Había otros mundos más allá de Pell y Cyteen, y ahora la Unión los poseía a todos, mundos reales de las estrellas más lejanas a las que podía llegarse mediante el *salto*, en los que la Unión usaba los laboratorios de gestación para expandir las poblaciones, dotándolas de obreros y soldados. La Unión quería todo el Más Allá para dirigir el futuro curso del hombre. Y la Unión poseyó, en efecto, el Más